



**PALABRAS DE PRESENTACIÓN
DE HELMUT KOHL EN EL CICLO
'LA REVOLUCIÓN DE LA LIBERTAD'**

Madrid, 21 de enero de 2005

Para la Fundación FAES es un honor tenerle entre nosotros. Es un verdadero orgullo para nosotros contar con su presencia, con la presencia de uno de los más importantes protagonistas de la Revolución de la Libertad que estamos conmemorando.

Puedo decir que conozco el mundo de la política. Muchas personas se dedican a ella. Los hay muy buenos y menos buenos. Pero pocos, muy pocos, llegan a la altura de estadistas. De personas con principios sólidos y valores firmes y con la visión necesaria y la voluntad de llevar a cabo sus convicciones. De personas que saben estar a la altura de las circunstancias en momentos cruciales de la Historia. Uno de los pocos políticos que he conocido y que puedo calificar de grandes estadistas es Helmut Kohl. Y además tengo la gran satisfacción de ser amigo suyo. Helmut Kohl ha estudiado historia. Ha vivido momentos trágicos y difíciles. Y, como político, ha sabido tomar las decisiones adecuadas para hacer avanzar la Historia en el camino de la libertad y de la democracia.

Tuve la gran satisfacción de trabajar con él tanto estando en la oposición como en el Gobierno. Y comprobé muy cerca de él su extraordinaria calidad de hombre de Estado y de persona entrañable.

La labor de Helmut Kohl, muchos años en la oposición, y más aún como Canciller de Alemania, no puede resumirse en pocas palabras. Creo que fue un excelente gobernante que hizo grandes cosas por su país y por Europa. Pero la razón por la que hoy está con nosotros no es sólo su sobresaliente acción de gobierno. Hoy está aquí por haber liderado un proceso gracias al cual hoy Europa

está por fin unida en torno a las ideas de la libertad y la democracia. Para Helmut Kohl –como he dicho antes, magnífico conocedor de la Historia–, la idea de Alemania era inseparable de la idea europea. Y por eso ha sido siempre un gran europeísta, uno de los mejores. Y no olvidemos que para él ser europeísta y ser atlantista es la misma cosa.

A Helmut Kohl no le bastaba, como a Adenauer, una Alemania unificada. Su objetivo era una Alemania unida, y libre. Y ese objetivo sólo era posible con una Europa atlántica, aliada con firmeza y lealtad a los Estados Unidos en defensa de la libertad de todos.

Y llegó el momento, el que recordamos en este ciclo, en que fue posible conseguirlo. Y para ello era necesario contar con claridad de ideas, voluntad y capacidad de llevarlas a cabo y verdadero sentido de Estado. Helmut Kohl aportó todo esto y mucho más. Y creo que merece y merecerá siempre el reconocimiento, no sólo de sus compatriotas, sino de todos los que creemos en el valor de la Libertad.

La reunificación alemana era una tarea de dimensiones colosales que requería, ante todo, decisión.

La primera decisión era plantar cara al coloso soviético. Negarse a seguir cediendo ante él. Helmut Kohl lo hizo. Cuando el Pacto de Varsovia desplegó misiles agresivos para amenazar a la Europa libre, él apoyó el despliegue de las defensas necesarias para preservar nuestras democracias. No se plegó ante un falso dilema

de opinión pública. Él sabía que lo más importante para mantener la paz era defender la Libertad. Este ciclo de conferencias quiere recordar que el Muro de Berlín no cayó por causas naturales. Cayó porque hombres como Kohl tomaron decisiones difíciles, a veces impopulares. Eran las decisiones imprescindibles para hacerlo caer.

Una vez cumplido el requisito imprescindible, es decir, el derribo del muro y la renuncia de la Unión Soviética a condicionar la vida de los alemanes, había que llevarla a cabo. Porque Alemania no estaba dividida como un castigo. El país estaba dividido por la imposición de una tiranía comunista, controlada por los tanques soviéticos, contra millones de alemanes, al igual que otros muchos millones de europeos.

La reunificación de Alemania era una cuestión de justicia histórica. Siempre la apoyé y creo que basta comparar cómo eran las cosas hace 15 años y cómo son hoy para concluir que fue un gran acierto. Un logro que se debe, más que a nadie, a Helmut Kohl.

Tampoco podemos olvidar a quien, probablemente sin desearlo, facilitó mucho las cosas para que así ocurrieran. Creo que es de justicia recordar a Mikhail Gorbachov. El último líder soviético pudo haberse encastillado en la defensa de las posiciones de Yalta y Potsdam, pero tuvo la inteligencia suficiente para darse cuenta de que era inútil e inhumano. Los grandes líderes occidentales de entonces contaron con un buen interlocutor a quien también debemos mucho.

No voy a extenderme más. Hoy venimos aquí todos a escuchar la intervención de una de las personalidades políticas más importantes del fin del siglo XX.

Pero sí quiero agradecerle, querido amigo, su presencia aquí.

Hace unas semanas Helmut Kohl estaba en Sri Lanka. Allí vivió el terrible maremoto que ha causado decenas de miles de muertos. En medio de la catástrofe, Helmut Kohl empezó a organizar las primeras ayudas. Los grandes hombres siempre saben cuál es su tarea en los momentos difíciles.

Por todo lo que conmemora este ciclo, y también por su valentía y coraje, es un privilegio que Helmut Kohl esté hoy con nosotros.

Testimonios como el suyo son esenciales para comprender lo que pasó hace quince años y para que todos apreciemos más aún el valor del liderazgo y, sobre todo, el valor de la libertad.